

El futuro de Israel entre las naciones

*“¡Levántate y resplandece que tu luz ha llegado!
¡La gloria del Señor brilla sobre ti!”*

— *Isaías 60:1* —

MUCHOS EN EL MUNDO han tenido la esperanza de que el oscuro y turbulento Medio Oriente pueda encaminarse hacia la paz y la luz como resultado de los llamados “Acuerdos de Abraham” e iniciativas similares en los últimos años para negociar mejores relaciones entre Israel y varios de sus vecinos árabes. Sin embargo, esta esperanza se ha visto enormemente atenuada por el estallido de la guerra actual como resultado del ataque de octubre de 2023 sobre Israel a cargo de Hamás, un movimiento político y militar palestina suní islamista que gobierna la Franja de Gaza de Israel desde 2007.

Parece evidente que ninguna cantidad de documentos firmados, pasados o presentes, calmará la animosidad y conflicto históricos que siguen existiendo entre Israel y los que directamente se oponen a su existencia o los que, como mínimo, reclaman el dominio sobre una parte de su tierra. Esta hostilidad irreconciliable ha continuado enconándose, con erupciones periódicas de guerra, desde el restablecimiento de Israel como nación en 1948. El mun-

do ahora pierde las esperanzas de que alguna vez termine la animosidad.

EL RENACIMIENTO DE ISRAEL

De la vorágine de problemas y conflictos que han caracterizado a casi todos los principales sucesos mundiales del último siglo, surgió algo tan diferente del patrón general de las cosas como el día de la noche. Nació una nueva nación: la nación de Israel. En verdad, era el renacimiento de una nación que existió siglos atrás. Sin embargo, el estado actual de Israel es diferente del antiguo en casi todos los aspectos, excepto por su herencia judía compartida.

Esta nación renació en un momento en el que comparativamente pocos de estos pueblos antiguos elegidos de Dios intentaban desesperadamente mantener su dominio sobre la Tierra Prometida. Al mismo tiempo, Israel estaba rodeada de ejércitos hostiles que la amenazaban o la atacaban casi constantemente. Sin embargo, de este trabajo duro, con naciones poderosas a veces observando solo pasivamente, nació el Estado de Israel. Decir que fue un hecho histórico no es suficiente. También fue un hecho profético, predicho en las Escrituras.

Tanto la historia bíblica como secular brindan orígenes interesantes y peculiares para este pueblo. Se ha dicho bien que una de las mejores pruebas vivientes de la credibilidad de la Biblia en el mundo de hoy son los judíos. Ahora que el pueblo judío ha sido juntado en una nación renacida, esta prueba se ha fortalecido enormemente. La mayoría de los que conforman la nueva nación de Israel todavía no son creyentes de la Biblia como la Palabra inspirada de Dios. Sin embargo, incluso esto confirma la exactitud de las profecías correspondientes a su restablecimiento en la tierra.

LA TIERRA Y LA SEMILLA

Abraham es reconocido como el padre del pueblo judío y fue el primero al que se le aplicó el nombre de hebreo. (Gén. 14:13) Dios le hizo a él promesas maravillosas. Una de ellas correspondía a la tierra que finalmente se convertiría en Israel. Dice: “Alza ahora tus ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, el sur, el este y el oeste: Porque toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu descendencia para siempre”. (Gén. 13:14,15) Esta promesa en realidad constituyó una garantía de su futuro derecho sobre la tierra.

Además de esta garantía sobre la tierra, Dios le prometió a Abraham que su semilla, o descendencia, estaría involucrada en la bendición de toda la humanidad: “Por medio de tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra”. (Gén. 22:18) Abraham evidentemente entendió que esta promesa significaba que algún día sus descendientes se convertirían en una poderosa nación y estarían en una posición que les permitiría extender las bendiciones a todas las demás naciones de la tierra. En el Nuevo Testamento, nos dicen que él “esperaba la ciudad... de la cual Dios es arquitecto y constructor”. (Heb. 11:10) Una ciudad, en la Biblia, simboliza un gobierno, casi como en nuestro idioma, por ejemplo, cuando hablamos de Washington, DC, la sede del gobierno de los Estados Unidos.

Los descendientes de Abraham tomaron el nombre de israelitas, bautizados así en nombre de su nieto Jacob, cuyo nombre Dios cambió a Israel. (Gén. 32:28) Más tarde, bajo el liderazgo de Moisés, con él como mediador, celebraron una relación de acuerdo con Jehová. Al hacerlo, Dios les dijo: “Si ahora ustedes me son del todo obedientes y cumplen mi pacto, serán mi propiedad exclusiva entre todas las naciones. Aunque toda la tierra me

pertenece, ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”.—Éxod. 19:5,6

De esta declaración, es claramente evidente que la obediencia de la ley divina iba a ser la vara con la que Dios determinaría si Israel seguiría siendo su pueblo elegido o no. Si iban a ocupar un puesto alto en sus planes, debían mostrar obediencia a él mediante un esfuerzo sincero y continuo de obedecer su ley.

En los siguientes siglos, Israel fue infiel a la ley de Dios durante gran parte de ese tiempo. Finalmente, perdieron su independencia nacional y fueron llevados en cautiverio a Babilonia. Sobre el derrocamiento de su último rey, Sedequías, leemos: “Y en cuanto a ti, príncipe de Israel, infame y malvado, tu día ha llegado; ¡la hora de tu castigo es inminente! Así dice el Señor y Dios: Quítate el turbante, renuncia a la corona, que todo cambiará. ... ¡Ruinas, ruinas, todo lo convertiré en ruinas! Esto no sucederá hasta que venga aquel a quien le asiste el derecho y a quien pediré que establezca la justicia”.—Eze. 21:25-27

Después de setenta años de cautiverio en Babilonia, se le permitió al pueblo volver a su propia tierra, pero no recobraron su independencia nacional. (Jer. 25:8-12; 29:10; Ezra 1:1-5) Además de su cautiverio en Babilonia, fueron sucesivamente sometidos a Medopersia, Grecia y luego Roma. Estaban bajo sus esclavizadores romanos cuando Jesús apareció en escena. (Lucas 2:1-5) Habían perdido su posición como nación soberana, pero se les confirmó el acuerdo de favor de Dios por un período de setenta semanas simbólicas. (Dan. 9:24-27) Usando el principio de las escrituras de un día por un año (en este caso 7 días x 70 semanas), se muestra un total de cuatrocientos noventa años para la aplicación de la profecía de Daniel. (Núm. 14:34; Eze. 4:5,6) Este período incluyó el tiempo del ministerio en la tierra de Jesús y finalizó tres

años y medio después de su muerte.

Si hubieran aceptado a Jesús y según su prueba final, hubieran demostrado su fidelidad, la nación de Israel podría haber asegurado la posición de la “propiedad exclusiva [de Dios] entre todas las naciones” y podrían haber sido “un reino de sacerdotes y una nación santa”. (Éxodo 19:5,6) Sin embargo, el registro indica que Jesús “vino a lo que era suyo, pero los suyos no lo recibieron”. (Juan 1:11) En cambio, Israel lo rechazó y lo crucificó. Así fue que, hace casi veinte siglos a la sombra del Gólgota, el israelita más noble que haya vivido —Jesús el Mesías, el rey prometido de Israel y el mundo— le declaró a la generación que lo rechazó: “He aquí, su casa queda desierta”.—Mat. 23:38

LA NUEVA NACIÓN

La esperanza de participar en la ciudad, o reino, de Dios, que la promesa divina había generado en el corazón de Abraham, y que originalmente perteneció a sus descendientes naturales, les fue arrebatada por esta sentencia final de rechazo que pronunció el Maestro. Explicó además que se les arrebataría el reino y se lo darían a una nación que produzca los frutos del reino. (Mat. 21:42,43; Lucas 19:42-44) El apóstol Pedro identifica esta nueva nación que hereda las promesas del reino hechas originalmente a Israel natural, mostrando que era la iglesia de su edad actual desde Pentecostés. (1 Pe. 2:4-10) El apóstol Pablo nos da la misma información señalando el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham sobre la descendencia que iba a canalizar la bendición a todas las familias de la tierra. Explica que Cristo es esta descendencia y que se asociarán con él los que sean llamados por Dios y “bautizados en Cristo” de entre los judíos y los gentiles.—Gal. 3:8,16,27-29

Otra lección muy iluminadora sobre el estado de los descendientes naturales de Abraham es el capítulo once de Romanos. Este capítulo comienza con una pregunta: “¿Acaso rechazó Dios a su pueblo?”. La respuesta del apóstol Pablo es: “¡De ninguna manera! Yo mismo soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín”. Lo que quiso decir evidentemente el apóstol es que Dios no discriminaba contra israelitas individuales. Esto queda demostrado en la continuación de su análisis en donde revela que un “remanente escogido por gracia” había mantenido una posición favorecida en los planes de Dios y que los demás estaban temporalmente “ciegos”.—Rom. 11:1-10

El remanente al que Pablo hace referencia se menciona en la explicación de que Jesús “vino a lo que era suyo, pero los suyos no lo recibieron. Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hechos hijos de Dios”. (Juan 1:11,12) Quienes, a través del bautismo en Jesús y por el poder del Espíritu Santo, se convierten en hijos de Dios y son fieles hasta la muerte reinarán con Cristo. Junto con él, serán la nación real. (Rom. 6:3-5; 8:14-17; Ap. 2:10; 20:4,6) Las promesas de Dios justificaron que Israel buscara esta posición alta, pero Pablo explica que, como nación, “Israel no consiguió lo que tanto deseaba”.—Rom. 11:7

LA CEGUERA DE ISRAEL QUE DEBE QUITARSE

La ceguera espiritual es el resultado de la deslealtad a Dios. Así fue con Israel. Rechazaron al Mesías, y la visión espiritual que tenían antes de ese tiempo se perdió. Esta condición iba a continuar, explica Pablo, “hasta que haya entrado la totalidad de los gentiles”. (Rom. 11:25) El apóstol describe esta entrada de la “totalidad de los gentiles” como el injerto de ramas de olivo silvestre en el ár-

bol de olivo israelí original “contra lo que es natural”. (v. 24). En un injerto, la rama injertada conserva su identidad original y da su propio tipo de fruto, sin ser modificada de ninguna manera por la savia del árbol al que se incorpora. Sin embargo, es diferente con estas ramas de gentiles. En contra de lo que es natural, son modificados, ya que se vuelven israelitas espirituales y heredan las promesas que originalmente fueron hechas exclusivamente a los descendientes naturales de Abraham.

Cuando se complete este trabajo de injerto, “todo Israel será salvo”, escribió Pablo, ya que, “tal como está escrito, el Redentor vendrá de Sion y apartará de Jacob la impiedad. Y este es mi pacto con ellos, cuando quite sus pecados”. (Vv. 26,27) El pacto al que se hace referencia aquí es el prometido en Jeremías 31:31-34. Se hará con “el pueblo de Israel y de Judá”. Israel y Judá se mencionan porque, en el momento en que se hizo esta promesa, la nación estaba dividida: diez de las tribus se identificaban como Israel y las otras dos como Judá.

Pablo escribió: “el Redentor [de Israel] vendrá de Sion”. Sion, o Zion, era originalmente, por decirlo de algún modo, el “Capitolio” de Jerusalén, y el nombre se usa en las profecías para simbolizar el reino mesiánico en manos de Cristo y su iglesia. Este es el reino que se les arrebató a los descendientes naturales de Abraham y se le dio a la nueva nación espiritual conformada por creyentes individuales tanto de los judíos como de los gentiles. Junto con Jesús, se muestra que estos están en el monte Sion espiritual, o celestial, como “salvadores” en el momento en que “el reino será del SEÑOR”.—Ab. 1:21; Ap. 14:1; Isa. 55:5 Os. 1:10

Es a esta liberación e iluminación de Israel natural a la que hace referencia nuestro texto inicial: “¡Levántate y resplandece que tu luz ha llegado! ¡La gloria del SEÑOR

brilla sobre ti!”. (Isa. 60:1). La verdadera luz de Israel, y de todo el mundo, es Jesús. Esto se enfatiza en la profecía de Simeón en el momento en que el bebé Jesús fue llevado al Templo de Jerusalén para ser presentado. En una oración a Dios, Simeón dijo de este niño que había venido para ser una “luz que ilumina a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”.—Lucas 2:32

Israel no logró esta gloria en el momento de la Primera Venida de Jesús porque la nación rechazó la luz y lo mató. Simeón predijo que el resultado de esto sería su caída. Dijo: “Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición”. (v. 34) Solo un remanente (los pocos israelitas que recibieron a Jesús en su Primera Venida) experimentaron en ese entonces el cumplimiento de la profecía: “¡Levántate y resplandece que tu luz ha llegado!”. Estos pocos, junto con los gentiles creyentes en toda la edad consiguiente, se han regocijado en la luz y han dejado que resplandezca en un mundo oscuro para la bendición y aliento de los demás.

Sin embargo, para el pueblo de Israel en conjunto, ese momento todavía está en el futuro, cuando reconozcan la luz y cuando abran sus propios ojos para reconocer a su Mesías. Será entonces que “todo Israel será salvo”.

LA LUZ DE LA OSCURIDAD

Después de la garantía de nuestro texto inicial, el profeta Isaías declara: “Mira, las tinieblas cubren la tierra y una densa oscuridad se cierne sobre los pueblos. Pero la aurora del SEÑOR brillará sobre ti; ¡sobre ti se manifestará su gloria! Los gentiles serán guiados por tu luz, y los reyes, por tu amanecer esplendoroso”. (Isa. 60:2,3) Esto indica que justo antes de que se quite la ceguera de Israel, habría un período muy oscuro en la experiencia humana,

una época en la que tanto los judíos como los gentiles estarían sin visión espiritual. ¡Qué descriptivo es esto de la época actual!

Nunca la verdadera fe en Dios estuvo tan en decadencia como en la actualidad. Verdaderamente una densa oscuridad cubre al pueblo; esto es verdad para Israel y para todas las demás naciones. Aunque Jehová ha echado mano en los asuntos de los judíos, dándole forma a las circunstancias para inducir a un gran número de ellos a volver a la Tierra Prometida, los motivos de la mayoría han sido económicos y nacionales, en vez de deberse a una fe firme en las promesas de Dios. Ha habido excepciones, por supuesto, pero solo una minoría relativa ha recurrido verdaderamente a Dios para recibir ayuda. La mayoría ha puesto su fe en municiones y riqueza. Aunque tienen el espíritu iniciador de entusiasmo, ellos, como las demás naciones, no tienen solución para sus problemas. Como sucede también con la mayoría de las naciones, su gobierno está plagado de conflictos con facciones políticas y religiosas rivales.

Confían, por supuesto, en que en algún momento encontrarán una solución para sus problemas y que el gobierno finalmente será próspero y económicamente fuerte. Las profecías indican que, antes de sus dificultades finales, disfrutarán de un breve período de relativa paz y prosperidad. (Ez. 38:8,11,12) Mientras tanto, la mano de Dios en los asuntos de los hombres está dirigiendo la cuestión final y, a su debido tiempo, la luz llegará a Israel y a todo el mundo, y el resultado llevará bendiciones a todas las personas.

Esa luz ya está presente en el mundo, pero los judíos y los gentiles están ciegos a ella, incluso cuando Israel no reconoció a su Mesías en la Primera Venida. Sin embargo, la providencia divina está incluso ahora dando forma a los

asuntos de Israel, en particular con respecto a los judíos reunidos allí. Las profecías indican que su renacimiento nacional como nación y la reunificación de su pueblo son previos al momento en que se quitará su ceguera. Esto se demuestra especialmente en la profecía de Ezequiel 37:1-14, donde se compara toda la casa de Israel con un valle de huesos secos.

Para revivir estos huesos, se indica una acción de tres fases. Primero, los huesos se juntan, “cada hueso con su hueso”. Luego, se cubren con tendones y carne. Por último, se sopla sobre ellos, o se les da vida. Estos sucesos son acompañados de un ruido, un estremecimiento y luego el soplido de los cuatro vientos. Es a partir de los cuatro vientos que se le da vida a lo que se dice que es toda la casa de Israel.—vv. 7-9

De manera general, estas tres fases de regreso a la vida parecen coincidir con los tres principales espasmos de los tiempos de dificultades con los que termina el mundo maligno actual. El primero de estos espasmos fue la Primera Guerra Mundial, que comenzó en 1914. Como resultado de esto, vino el crujido, por así decir, de los huesos de Israel. Palestina se abrió parcialmente para ellos; muchos volvieron, y comenzó la recuperación de la tierra. Con la Segunda Guerra Mundial, llegaron los tendones y la carne. Finalmente, se formó el nuevo estado de Israel poco tiempo después en 1948.

Sin embargo, todavía no hay vida en estos “huesos” desde el punto de vista del pacto con Dios. Todavía no se le ha dado aliento a Israel. Los versículos 13 y 14 describen esta secuencia de eventos: “Y, cuando haya abierto tus tumbas y te haya sacado de allí, entonces, pueblo mío, sabrás que yo soy el Señor. Pondré mi Espíritu en ustedes y vivirán”. Aquí se describen tres sucesos. Dios ha ahora “abierto” sus “tumbas” nacionales (suceso uno); los ha

“sacado” de sus tumbas (suceso dos); pero todavía no ha puesto su “espíritu” en ellos, por lo que todavía no tienen vida. Solo una vez que se hayan cumplido estos tres pasos en su regreso a la vida conocerán verdaderamente a Jehová y reconocerán al “Hijo único” de Dios, Jesús, como su Mesías, su Luz.—Juan 3:16

En los capítulos 38 y 39 de la profecía de Ezequiel se presenta una descripción detallada de la última fase de los grandes tiempos de dificultades, y aquí también encontramos que recién cuando se produzca esta fase final, y en ella Dios libre a su pueblo de sus enemigos, abrirán sus ojos para conocerlo: “Desde ese día en adelante, los israelitas sabrán que yo soy el SEÑOR su Dios”.—Eze. 39:22

En ese día, Dios peleará, como lo ha hecho en los viejos tiempos, por los israelitas que volvieron a su tierra. (2 Cr. 20:15; 32:8). También se abrirán los ojos de muchas naciones y, como la profecía declara, “sabrán que yo soy el SEÑOR”. (Zac. 14:2,3; Eze. 38:23). Por lo tanto, tenemos la garantía de que entonces comenzará el tiempo de la bendición legítima de Israel. “Ustedes... han sido el símbolo de una maldición a todas las naciones... y se convertirán en símbolo de bendición”.—Zac.8:13, *la Nueva Biblia en Inglés*

Sin embargo, esto no significa que el estado de Israel, bajo su gobierno actual, se transformará en la fase terrenal del reino de Cristo. Su gobierno, como el de todas las demás naciones, caerá y será reemplazado por el gobierno del reino mesiánico. Será de manera individual que Israel se librerá de sus enemigos y abrirá sus ojos para observar la gloria del Señor y reconocer la gran luz que les llegará en ese entonces. Con la aceptación de su Mesías y la obediencia de las leyes de su reino, la gloria del favor de Dios recaerá sobre ellos. Así se cumplirá la otra parte de la profecía de Simeón, que Cristo estaba “destinado a causar la

caída y el levantamiento de muchos en Israel”. La caída llegó cuando rechazaron la luz, y su levantamiento será el resultado de su aceptación.

PRÍNCIPES EN TODA LA TIERRA

En la actualidad el pueblo judío continúa reunido en Israel de acuerdo con el plan divino para su futura bendición. Sin embargo, primero tendrán que reconocer a Jesucristo como Hijo de Dios, su Mesías, Redentor y Libertador, antes de que se les ofrezcan las bendiciones del reino. (Za. 12:10; Eze. 39:25-29) Los representantes humanos del reino de Cristo serán los ancestros fieles de la antigüedad resucitados, como Abraham, Isaac, Jacob y otros Antiguos Dignos, que las Escrituras declaran que serán “príncipes en toda la tierra”. (Sl. 45:16). Véase también Lucas 13:28; Hebreos 11:39,40; e Isaías 1:25-27.

Estos héroes antiguos de la fe no serán parte de la fase espiritual del reino (cuyo personal será Jesús y su iglesia), pero estos dignos ocuparán una posición de ascenso por sobre el mundo en general, por haber demostrado su fe y amor durante el reino del mal, de la manera aprobada por Dios. Por lo tanto, se prepararon y demostraron ser dignos de ser ministros y representantes del reino espiritual en la tierra.

A medida que, individualmente, el pueblo de Israel reconozca y acepte el liderazgo de estos ancestros resucitados como representantes de su Mesías, también tendrán la oportunidad de cooperar con el trabajo del reino. También la tendrán los gentiles creyentes. La “tierra nueva” crecerá y extenderá su influencia por sobre todo el mundo, bajo la dirección del “cielo nuevo”. “Se extenderán su soberanía y su paz y no tendrán fin”, declaran las Escrituras; es decir, finalmente se aceptará a todas las naciones, e incluso los muertos se despertarán para tener

la oportunidad de recibir sus bendiciones.—2 Ped. 3:13; Isa. 9:6,7; 1 Cor. 15:22

Dios considerará a la descendencia espiritual de Abraham, reunida de los judíos y los gentiles durante la Edad del Evangelio actual, como israelitas “espirituales” en la fase celestial del reino de Dios. (Rom. 2:28,29; Ap. 3:12; 21:2) Así también será en el caso de los que participen en la fase terrenal del reino de Dios, comenzando con los ancestros fieles de la antigüedad que vivieron antes de la Primera Venida de Jesús. De esta expansión constante de la “tierra nueva” resplandecerá la luz de la que habla nuestra Escritura inicial hasta que el conocimiento de la gloria de Dios llene toda la tierra “como las aguas cubren los mares”. (Isa. 11:9; Hab. 2:14) Es una esperanza gloriosa, y qué bendición es pararse en el mismísimo umbral del reino mesiánico y ver los comienzos del cumplimiento de las promesas de Dios. ¡Que nosotros, como futuros israelitas espirituales, “nos levantemos y resplandezcamos” y contémosle a todo el mundo las buenas nuevas!
